

como el pachá Mehemed Alí hacía tiempo que abrigaba la idea de emanciparse también de Turquía, para cuyo fin se había apoderado de Gana y Jafia, convencido de la superioridad de su ejército sobre el turco, lejos de responder á las pretensiones del sultán, aprovechó aquella favorable ocasión y llegó más lejos, pero mucho más de lo que se pudo imaginar.

El día 27 de Julio en el desfiladero de Beilon, entre Alejandría la Pequeña y Antioquia, los egipcios dispersaron al ejército otomano, mandado por el pachá Husein; pero Mamud, inaccesible al desaliento, formó otro ejército que confió al pachá Rechid Ibraim.

Aguardó Mehemed este ejército en una fuerte posición, el Konie, y lo puso en completa derrota haciendo prisionero al general en jefe Rechid, en el mes de Diciembre. Esta última victoria le abrió por completo las puertas de Constantinopla, y las miradas de toda Europa estaban fijadas en el vencedor por ver si se atrevía, ó mejor, si pretendía llegar á la capital del vasto imperio.

Efectivamente, la perspectiva de ser la Turquía invadida y conquistada por las tropas de Mehemed Alí espantó á las potencias europeas.

Tanto el Austria como la Gran Bretaña querían que el imperio otomano subsistiera para el equilibrio europeo, mientras que la Rusia sólo pensaba en aprovecharse de las circunstancias para satisfacer su ambición, y la Francia, vacilaba, porque la cuestión era sobrado imponente para inclinarse á uno ú otro lado.

El sultán, por su parte, no quería ceder la Siria que el pachá de Egipto reclamaba, y puesto que la Rusia le ofrecía su apoyo, á ella se dirigió aceptándolo, fondeando al poco tiempo en el Bósforo, una escuadra de aquella nación.

Pero como las potencias occidentales reclamaban que aquella escuadra se retirase, dirigió de nuevo su rumbo hacia el punto de su partida, hacia Sebastopol.

No se limitaron aquí las exigencias de aquellas naciones entre las que se encontraba Francia, sino que quisieron también que Mehemed Alí entrase en vías de conciliación; pero éste rechazaba todas las imposiciones, mientras que Ibraim continuaba su marcha victoriosa á través del Asia menor.

De nuevo el sultán en vista de los acontecimientos llamó en su auxilio á los rusos, y el día 5 de Abril de 1833 una armada que había salido de Odesa desembarcaba cinco mil hombres en las cos-

tas del Asia, al par que un cuerpo de ejército ruso avanzaba por el Danubio.

En tan críticas circunstancias, los embajadores redoblaron sus esfuerzos para que se aceptasen las negociaciones, amenazando, para un caso de negativa.

En su consecuencia se firmó el tratado de Kutaié, en virtud del cual Ibraim evacuó el Asia menor, y Mehemed Alí recibió la investidura de cuatro provincias de la Siria, objeto principal de la contienda.

Pero á pesar de todo, la Rusia no había puesto sin más ni más, en movimiento sus tropas.

El conde Orloff pasó á Constantinopla para firmar un tratado por medio del cual, Turquía quedaba bajo la protección del Czar. Todas las fuerzas del imperio ruso quedaban á disposición de Turquía, pero en cambio el sultán, por medio de un artículo secreto, se comprometía, cuando el Czar fuese atacado, á cerrar el Bósforo á las armadas extranjeras, mientras las flotas rusas podrían de igual manera lanzarse al Mediterráneo.

Este tratado, que se firmó el 8 de Junio de 1833, fué objeto de una protesta general por parte de Europa, tratado que por otra parte no había de cumplirse ni entrar en ejecución.

El enérgico sultán pasaba por todo, menos por la derrota de su súbdito rebelde, al que, decía, «antes morir que dejar de aniquilar» y á despecho del tratado de Kutaié y después de seis años de forzosa paz, el ejército otomano penetró en la Siria; pero Ibraim salió á su encuentro el 20 de Junio de 1839, al frente de sus huestes, y en Nerib después de rudo combate, las tropas otomanas fueron una vez más derrotadas.

Esta aterradora noticia ya no pudo ser recibida por el enérgico Mamud puesto que al siguiente día de la completa derrota de su ejército, 30 de Junio, había dejado de existir.

Apenas su hijo Abdul Mejid le sucedió en el trono á los 16 años de edad, apenas había tenido tiempo de recogerse en medio de tan gravísimas circunstancias, cuando la escuadra otomana se entregaba á Mehemed Alí, que la condujo á Alejandría.

Estos desastres no pudieron menos de anonadar á Turquía, que en medio de su terror sólo pensó en el medio de conseguir la paz.

El joven sultán hizo proposiciones al vencedor Mehemed Alí y cuando ya la cuestión iba á resolverse directamente entre ambas partes, la intervención de las potencias trocó la cuestión turco-egipcia, en cuestión europea.

Para que las cosas llegaran á este terreno no cabe duda alguna que había contribuido mucho el Gabinete francés del 12 de Mayo de 1839.

Pero esto no dejó de ser una falta gravísima para Francia, puesto que la Rusia vió con despecho la intención de arreglar en común los negocios de Oriente, así como el apoyo prestado por Francia á Inglaterra en tal cuestión, mientras que por otra parte las simpatías que la nación francesa mostraba por el Egipto, descontentaban á Inglaterra.

Francia, al mismo tiempo que deseaba el sosten de la independencia turca, quería la constitución de la potencia egipcia. La organización que el Egipto recibiera de Mehemed Alí, sus victorias tanto sobre la Nubia cuanto sobre Arabia y Siria, unido á las apariencias de civilización que ostentaba y á la deferencia que mostraba para con el Gobierno francés, fueron las causas que le popularizaron en Francia.

Creía esta nación ver en él un verdadero regenerador del Oriente, juzgándose que cuantos más servicios se le prestasen, tanto mayor sería el favor que se hacía al sultán verdadero dueño del Egipto.

Pero al estallar la guerra, la Gran Bretaña puso de manifiesto que disminuir el territorio del Sultán para aumentar el del virrey de Egipto, no era más que quitar fuerzas al primero, atentar á la integridad del territorio otomano y por consiguiente á su misma independencia.

La Rusia por su parte, si bien aparentaba abundar en las opiniones de los ingleses, tenía empero gran temor en ver sustituido en Oriente un imperio poderoso, á otro moribundo.

Los argumentos de M. Guizot ante lord Palmerston respecto á la proposición de éste, habían de quedar patentizados en lo porvenir, con la realidad en toda su desnudez.

Algunos años más tarde, la Francia tuvo que enviar soldados que protegiesen á los cristianos de la Siria, y á pesar de todas estas razones no impidieron que Inglaterra y Rusia llevasen á cabo su intento.

El Czar resolvióse pues á aprovechar el disentiimiento de la Francia para aliarse más estrechamente con Inglaterra y resucitar contra aquélla la Santa Alianza.

Finalmente, Nicolás aplazó sus pretensiones sobre Constantinopla y lord Palmerston no vaciló en sacrificar la alianza y dignidad francesa, con tal de salir adelante con sus proyectos que realmente perjudicaban á su eterna rival.

La situación de Portugal, según manifestamos en otro capítulo del tomo anterior, era también un tanto crítica.

El regente D. Miguel, cuyas ideas eran afines á las del infante D. Carlos, y que como éste pretendía la corona de España, él aspiraba á la de Portugal, no vaciló tampoco en hacer sufrir á su patria los horrores de una guerra civil para conseguir su intento.

Pero los partidarios del tradicionalismo no podían contar con gran apoyo en el resto de las naciones de Europa, dejando aparte el espíritu general de sus respectivos pueblos.

Las reinas amenazadas tanto de España como de Portugal, invocaron el auxilio de la Gran Bretaña, Francia prometió el suyo como ya dijimos al hablar de España, y á consecuencia del tratado de la Cuádruple Alianza, firmado en 24 de Abril de 1834, la acción de aquellas naciones consiguió que el infante D. Miguel derrotado y perseguido, firmase en Evora una capitulación en virtud de la cual se comprometía á no aparecer jamás en Portugal ó en sus colonias.

